

## IX. PENTECOSTÉS

### EL REGALO DE DIOS

Ellos y ellas estaban rezando  
y esperando un algo, un don,  
un regalo del cielo  
prometido por Jesús, el Resucitado.

¿Y qué podría ser aquello que supliera  
la añorada presencia del Señor?  
¿Un nuevo y santo templo  
como aquél del profeta Ezequiel?  
¿Un altar de oro para ofrecer  
el nuevo sacrificio de la misa al Eterno Yavhé?  
¿O quizá doce tronos  
donde los nuevos patriarcas, los apóstoles,  
juzgarán al pueblo de Israel?

De repente, vino del cielo un viento impetuoso  
que conmovió toda la casa, y sobre cada uno  
se posaron lenguas como de fuego,  
quedando todos llenos del Espíritu Santo.  
En otros tiempos bajó fuego del cielo  
para abrasar las ciudades nefandas,  
y el mismo Juan, el discípulo amado,  
había pedido un fuego de castigo  
que aniquilara a los inhóspitos samaritanos.

El día de Pentecostés baja del cielo  
un fuego misterioso que arde sin consumir,  
como en la zarza ardiente de Moisés,  
no aniquilando, sino vivificando  
con su amor y su fuerza, su luz y su calor,  
alumbrando la mente, enamorando el corazón.

Jesús había dejado a los discípulos y apóstoles  
perfectamente modelados, pero frágiles,  
pintados y acabados, pero grises,  
sin colores, sin brillo, sin cocer.  
Ahora, cuando pasan  
por el horno del fuego del Espíritu,  
salen completamente transformados,  
valientes, decididos, lúcidos, entregados...  
a defender la causa y el nombre de Jesús,  
proclamando su vida y su palabra,  
transmitiendo su amor, levantando su obra  
hundida en el sepulcro y fracasada en la cruz,  
pero llamada  
a iluminar el mundo entero con su luz.  
El regalo que Jesucristo había prometido

era el mismo Don de Dios entre sí mismo,  
la entrega mutua entre el Padre y el Hijo,  
Amor de los Amores, Espíritu divino,  
que se nos da como amor para que amemos,  
se nos da como don para que demos  
y nos demos.



A menudo nos ocurre que admiramos el estilo de vida y la trayectoria histórica de Jesús y nos quedamos ahí, porque nos parece difícil “re-crear” su conducta en la nuestra. Pero **la invitación de Jesús en el Evangelio no es a que le admiremos, sino a que le sigamos**. Y esta invitación ya contiene la fuerza para responder: el Espíritu Santo. Además sabemos que él siempre está con nosotros: **“no os dejaré solos...”** (Jn 14,18).

Una experiencia radical y originaria en las primeras comunidades cristianas era la sensación del Espíritu como impulso de vida, de libertad y liberación. Aquella experiencia no era separable de la vida, muerte y resurrección de Jesús. En los primeros años de la Iglesia la presencia del Espíritu no fue objeto de altas especulaciones, sino realidad intensamente vivida. Sin esta luz y este guía nadie puede confesar que **“¡Jesús es Señor!, si no es impulsado por el Espíritu Santo”** (1 Cor 12,3). Y Pablo recomienda en sus cartas **“no apaguéis el Espíritu”** (1 Tes 5,19).

Juan Pablo II, por si hemos olvidado la acción y presencia del Espíritu en nuestra Iglesia, nos recuerda: *“Será importante descubrir al Espíritu como aquel que construye el Reino de Dios en el curso de la historia y prepara su plena manifestación en Jesucristo, animando a la humanidad en su corazón y haciendo germinar dentro de la vivencia humana las semillas de salvación definitiva que se dará al final de los tiempos”* (TMA 45).

## ¿QUIÉN ES EL ESPÍRITU SANTO?

Para comprender algo de lo que es el Espíritu de Dios, podemos recurrir a lo que hay de más valioso y más vivo en una familia: el talante o espíritu de familia. Una familia sin espíritu no es una verdadera familia. Pero cuando en ella está presente el espíritu, éste es algo más real y más vivo que cada uno de sus miembros, los cuales están como marcados, forjados por él, y -sean cuales fueren las diferencias individuales-, se siente su presencia allí donde se encuentre aunque no sea más que un solo miembro de dicha familia. Basta con ver a uno de ellos para que, conociendo a otros

miembros de la familia, se le pueda identificar: *“¡tú eres hijo de fulano...!”*. El aire (*spiritus*) de familia, que se distingue así, intuitivamente, es indefinible -“no se sabe de dónde viene” ni a qué se debe-, pero es tan real que todos cuantos han aprendido a detectarlo son capaces de verlo, en infinidad de ocasiones, donde los demás no ven nada.

Este espíritu suele superar en valor y en intensidad a la individualidad de las personas que lo tienen. Todas ellas resultan mejoradas, enriquecidas y caracterizadas por su pertenencia a tal familia.

Y ¿cómo es este Espíritu? Es un *Espíritu de Amor* formado a partir del amor gozoso, inventivo y creador que desciende de padres a hijos en forma de cualquier clase de iniciativas, orientaciones, generosidades e impulsos; y formado también a partir del amor que asciende de los hijos a los padres en forma de respeto, confianza, alegría, admiración, sano orgullo... Este intercambio se intensifica de un modo natural. Cuanto más amor desciende de los padres a los hijos, tanto mayor es el amor que éstos sienten hacia aquéllos. Y cuanto más aman los hijos a los padres, tanto más aman los padres a sus hijos. Es una circulación incesante, un crecimiento sin fin, que permite comprender que, en último término, ese espíritu de familia llega a convertirse en una Persona, en un ser distinto de los individuos que lo engendran.

Del amor de varios ha brotado una realidad nueva que los resume y los trasciende, los une y los proyecta, los agrega e intensifica su personalidad propia. Cada cual es “más” él mismo, recibe un “plus” de existencia personal, gracias a los otros.

He ahí la mejor forma que tenemos de representarnos al Espíritu de Dios, el cual es amor e intercambio de amor entre el Padre y el Hijo. El Padre se vuelve hacia el Hijo, y el Hijo hacia el Padre, con tal intensidad de fuerza y alegría que dan origen a una Persona.

Y preguntamos de nuevo: ¿cómo es este Espíritu?

Es un *Espíritu Creador*, porque el amor verdadero es creador. Muchas personas confunden el amor con una especie de comercio: “tú me das esto y yo te doy aquello; tú me sonríes y yo te correspondo; tú no me saludas, y yo tampoco; tú no me das señal alguna de nada, y yo ni me muevo”.

La fecundidad del Espíritu se manifiesta a través de la Biblia: en la Creación, el Diluvio, el Bautismo de Jesús...



## SU MISIÓN

**-Un espíritu filial:** La misión del Espíritu Santo se desprende de lo que acabamos de decir acerca de su persona. El crea en nosotros un espíritu filial que nos injerta en Cristo y nos hace volvernos hacia el Padre y exclamar “¡Abbá, Padre!” (Rm 8,15).

El Espíritu nos “connaturaliza” con las cosas de Dios. Reemplaza la ley por la espontaneidad, el impulso, el gusto... La ley, lejos de dar la vida, esteriliza y mata. El fariseo es el hombre de la ley: le gusta saber qué es lo que tiene que hacer y cumplirlo. El joven rico observaba la ley, pero ignoraba al Espíritu de Dios. El Espíritu, Padre de los pobres, maestro de los que escuchan, revelador de las Bienaventuranzas, nos comunica los “hábitos” y los “gustos” de Dios.

Sin Él, solo tendríamos obligaciones sin “nervio”, oraciones sin inspiración, religión insípida. Es quien nos hace gustar las cosas de Dios, descubrir sabor y evitar la insipidez, quien hace comprender internamente lo que la Iglesia nos dice desde fuera.

Sólo los hijos de la casa tienen el gusto de saber lo que ocurre en casa. Los extraños no entienden nada. Pero los hijos se interesan por todo cuanto concierne al Padre. Si nosotros no tenemos el espíritu de adopción, las cosas de Dios carecen de interés para nosotros, no nos “dicen” nada.

Este espíritu filial nos hará amar al Padre como lo amaba Cristo, orar como oraba Cristo, confiar como confiaba Cristo: **“Padre, yo sé que Tú me escuchas siempre y que todo lo mío es tuyo y lo tuyo mío”** (Jn 11,41; 17,10). Oración audaz, pero que brota irresistible de un corazón filial.

Por el Espíritu, nos atrevemos a esperar no sólo la salvación, sino también la alegría, el gozo. Dichosos los que lloran: en el Espíritu, esta paradoja se hace realizable. El Espíritu es el que hace posible ser dichoso a pesar de la crucifixión: hasta tal punto comunica el celo del Padre...

La carne y la sangre no perciben nada de las cosas de Dios. Pero los dones del Espíritu Santo nos las hacen perceptibles, experimentables y sabrosas. Al darnos la capacidad de amar a Dios y al prójimo, nos hace experimentar el amor con que nos ama. **“El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios”** (Rm 8,16).

Lo importante no es pensar en Él, sino seguir su inspiración. Pero conviene saber que Él actúa en nosotros, y que nosotros le honraremos si no nos detenemos en Él con la excusa de poder escucharle mejor: **“Él no hablará de sí mismo... os lo enseñará todo y os recordará lo que yo os he dicho”** (Jn 16, 13 y 14,26).

**-Un espíritu fraternal:** Pero el Espíritu no puede hacernos hijos sin hacernos también hermanos. No podemos estar en Dios sin comulgar con los hermanos (Mt 5,23ss y I Jn 4,20).

Si es verdad que donde hay dos o tres reunidos en nombre de Cristo, allí está Él en medio de

ellos (Mt 18,20), también es verdad, y aún más verdad, que donde está Cristo, el Espíritu de Cristo, allí hay unión.

El deseo supremo de Jesús es: **“que sean uno como nosotros somos uno; que sean uno en nosotros”** (Jn 17,21). Cristo no pide únicamente nuestra unión con Él, o con ellos, sino que, de algún modo, lo que ante todo demanda es nuestra unión mutua. El Espíritu de amor que irradia del Padre hacia el Hijo, y viceversa, nos hace también volvernos los unos hacia los otros.

En Pentecostés descendió sobre los Apóstoles, reunidos en un mismo lugar, orando con un mismo corazón y formando una sola comunidad fraterna. También en nosotros es Espíritu de comunión que anima y hace realidad el Cuerpo de Cristo, no el de individuos solitarios.

La Iglesia es la Epifanía (manifestación) del Espíritu Santo, que en ella se hace visible a muchos más que los tres Magos: a los innumerables testigos de la vida eclesial, que no pueden dejar de exclamar asombrados: *“¡Mirad cómo se aman!”*.

Cuando empezó a soplar el Espíritu, no hizo más que saltar cerrojos y derribar puertas, uniendo entre sí a las gentes más extrañas, a las más encerradas en su rincón, a las más tímidas y a las más hostiles.

¡Qué bien haría en seguir soplando sobre nuestros cristianos, nuestras iglesias, nuestras comunidades, en nosotros...!

**-Un Espíritu de Iglesia:** La obra propia del Espíritu es la Iglesia y su inhabitación en ella es tan real como la Encarnación: *“El Espíritu que habita en la Iglesia y en los corazones de los fieles como en un templo y en ellos ora y da testimonio de su adopción como hijos. Guía a la Iglesia a toda la verdad, la unifica en comunión y ministerio, la provee y gobierna con diversos dones jerárquicos y carismáticos y la embellece con sus frutos. Con la fuerza del Evangelio rejuvenece la Iglesia, la renueva incesantemente y la conduce a la unión*

*consumada con su Esposo. En efecto el Espíritu y la Esposa dicen al Señor Jesús: ¡Ven!”* (Lumen Gentium 4).

El Espíritu de Dios invade a la humanidad, y el primer efecto que produce en quienes lo reciben es el de reunirlos en un solo y nuevo Cuerpo.

Y como es un Espíritu de amor y de entrega, que une al Padre con el Hijo y al Hijo con el Padre, nos permite a nosotros ser como Ellos. Estamos unidos los unos a los otros con el “vínculo” mismo de la Trinidad, y debemos tratarnos mutuamente con el mismo amor, respeto y dedicación con que se tratan las Personas divinas.

La Iglesia es “concebida por obra del Espíritu Santo” como la humanidad de Cristo de la que ella es prolongación. Pentecostés es la extensión de la encarnación. El mismo Espíritu Creador que en los orígenes del mundo aleteaba sobre las aguas y que al comienzo de la misión de Cristo descendió sobre el Jordán, hace surgir cada día a la Iglesia de las aguas del Bautismo.

*¡Renovabis faciem terrae!* (¡Y renovarás la faz de la tierra!) Día tras día, el Espíritu renueva el mundo, crea a la Iglesia totalmente nueva, sumergiéndola en el río purificador. La Encarnación histórica era de capital importancia pero tenemos necesidad de una encarnación perpetua. Sólo Dios puede enseñarnos a amar, sólo Dios puede, en nosotros, amar a Dios. Es imposible vivir nuestra vida sobrenatural en soledad. Necesitamos un amigo, un guía, un compañero, alguien que nos consuele y anime.

Sólo rinden homenaje al Paráclito quienes se atreven a repetir las palabras dichas por Cristo: **“Os conviene que yo me vaya”** (Jn 16,7).

## AL ENCUENTRO DEL ESPÍRITU

Hay dos momentos importantes en la Historia de la Salvación, en nuestra historia: el nacimiento de Cristo y el nacimiento de la Iglesia.

Hace cerca de 2.000 años, una joven judía en la que se suele alabar la modestia, pero en la que se olvida a menudo la audacia, entraba en el Evangelio preguntando. “¿Cómo...?” había interrogado al ángel que le había anunciado que concebiría y daría a luz. Sí, pero “¿cómo será esto, si no conozco varón...?”(Lc 1,34).

Desde nuestra más tierna infancia, avanzamos todos así, de preguntas a respuestas, de incertidumbres a certezas, de desconciertos a convicciones.

María obtiene del ángel la respuesta a su pregunta: “**El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra**” (Lc 1,35). En el Credo decimos: “y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre”.

Era una respuesta valiosísima la del Ángel a María: ¡el Espíritu Santo iba a venir! ¿qué bien mejor y mayor podía esperar?

Para conducirnos, María es la guía más segura, la hermana mayor a la que no es bueno soltar de la mano. Con ella, la sombra del Espíritu no está lejos, y los corazones aprenden “**a guardar las cosas que les suceden, en lo más profundo de su corazón**” (Lc 2,19; 2,51).

María se hace sagrario del Espíritu Santo. En la “**llena de gracia**”, el Padre encuentra la morada donde su Hijo y el Espíritu van a habitar entre los hombres.

Y María, silenciosamente, se ha dejado guiar en toda la existencia, por la acción interior del Espíritu. Jesús, su Hijo, muerto y resucitado. Llega Pentecostés y también allí esta ella, en el Cenáculo, con los Apóstoles, unánimes en la oración esperando la venida del Espíritu que su Hijo había prometido. Implorando, en oración, el don del Espíritu. En el amanecer de “los últimos tiempos” está presente María, la Mujer, la nueva Eva, madre del Cristo total, madre de la Iglesia.

Pero conviene no olvidar que si el Espíritu es un don, viene a los que se preguntan. Sin nuestro deseo, audacia y coraje a veces, quizá

el Espíritu esté ahí, pero quedará oculto.

Al hablar del Espíritu Santo está el riesgo de aprisionar en nuestras palabras a Aquel del que Jesús decía: “**sopla donde quiere y oyes su voz, pero no sabes ni de dónde viene ni a dónde va. Así es todo lo que nace del Espíritu**” (Jn 3,8). Y de él decimos en el Credo: “*creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas*”.

Pero Jesús dice “**oyes su voz**”. La experiencia del Espíritu la ha hecho cada creyente, incluso faltando a veces las palabras para expresarla.

Sin el Espíritu, Pedro no habría tomado la palabra para anunciar la Buena Nueva a los judíos (Hc 2,14). Sin el Espíritu, la Iglesia sería una institución como otra. Sin el Espíritu ningún encuentro con Jesús sería posible, pues es el Espíritu quien permite conocerle. Ir al encuentro del Espíritu es, en primer lugar, descubrir que es él quien primero viene a nuestro encuentro.

No se conoce al Espíritu como se conoce al Padre o al Hijo. El Espíritu no tiene semblante, ni siquiera un nombre susceptible de evocar una figura humana. No se le puede poner rostro al Espíritu, contemplarle, observar sus gestos. Conocer al Espíritu es, ante todo, experimentar su acción, dejarse invadir por su influencia; es hacerse dócil a sus impulsos; es desear siempre más conscientemente la fuente de nuestra vida.

## IMÁGENES DEL ESPÍRITU

La Sagrada Escritura está llena de imágenes del Espíritu, desde el A.T. La liturgia las utiliza a menudo.

**-El viento y el soplo:** el viento aleja las nubes, agita el polvo del suelo, esparce las simientes para que broten en un suelo nuevo. En nuestro cuerpo, el aliento aporta el oxígeno. El espíritu es movimiento, circulación, vida; se opone a lo que está inerte, quieto. “**Al principio, la tierra**

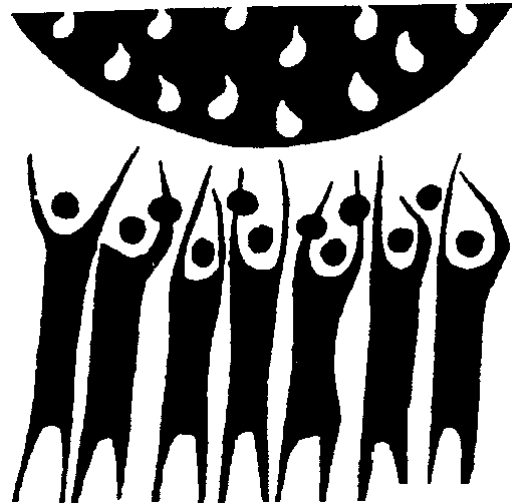
**era un caos informe; las tinieblas cubrían el abismo, el espíritu de Dios se cernía sobre las aguas...**” (Gn 1,1-2). No limitemos el simbolismo del espíritu al viento que infla las velas o que descoloca lo que está bien ordenado. El Espíritu es también el soplo que viene del interior. Así la persona que comienza a ser lo que es, porque Dios le ha comunicado su aliento de vida. El Espíritu está en nosotros, nos construye y nos guía desde dentro. Es el Huésped, el Maestro interior.

**-La fuente y el agua:** En el A. T. la imagen del agua era utilizada para hablar del crecimiento de la vegetación, don de la vida. El texto más claro es la profecía de Ezequiel: una fuente fluye del Templo hacia el oriente... allí hace renacer la vida (Cf Ez 47). Es preciso tener en cuenta esta profecía en la memoria para comprender lo que San Juan quiere decirnos mostrándonos el agua que mana del costado de Cristo, traspasado por la lanza. Y en el Nuevo Testamento no podemos olvidar la conversación con la Samaritana (Jn 4,14) o la promesa del agua viva (Jn 7,37-39).

**-La paloma:** Entre todas las imágenes del Espíritu Santo ocupa un lugar privilegiado. Nos la encontramos en las representaciones del bautismo de Jesús: **“He visto al Espíritu que bajaba del cielo como una paloma...”** (Jn 1,32 y Mc 1,10). También aparece, a veces, en las pinturas o representaciones de la Anunciación. Pero esta imagen nos recuerda una escena del Antiguo Testamento, al final del Diluvio, cuando la paloma vuelve al Arca de Noé con un ramo de olivo (Gn 8,6-22). Y también aparece en el Cantar de los Cantares como símbolo de la amada, Israel, ella es signo de la belleza, del amor... y así es utilizada por el profeta Isaías (38,14)

**-El fuego y las lenguas:** Juan el Bautista, cuando anuncia el bautismo del que **“viene detrás de él”** habla de un bautismo **“en Espíritu Santo y fuego”** (Lc 3,16). En el Antiguo Testamento el fuego interviene a menudo donde Dios se manifiesta: después de la Alianza con Abrahán (Gn 15,17), con Moisés en la zarza ardiendo sin consumirse (Ex 3,2), en el monte Sinaí después de la

entrega de la Ley (Dt 4,33), por el desierto les guía una columna de fuego (Nm 14,14)... También en la Escritura el fuego es imagen del amor que crece en los corazones (Cant 8,6). Jesús anuncia que ha venido a traer fuego sobre la tierra (Lc 12,49). Pero sobre todas las manifestaciones la más significativa es la de Pentecostés con las llamas de fuego sobre las cabezas de los apóstoles. Y por otra parte los discípulos de Emaús exclaman **“¿no ardía nuestro corazón....?”** (Lc 24,32).



**-El aceite y el crisma:** Los reyes de Israel eran consagrados por la unción con aceite. El Mesías esperado recibirá en plenitud la unción del Espíritu. Así ocurrirá con Jesús, quien recibe del Padre, el Espíritu **“sin medida”** (Jn 3,34). Los cristianos, al contrario, serán marcados con un sello por el Espíritu de la promesa (Ef 1,13): el signo será más tarde, en la liturgia, la unción con el aceite santo, el **“santo crisma”**, que es la marca de los cristianos (2 Cor 1,22) y que recibimos en el bautismo y la confirmación.

## CARISMAS, DONES Y FRUTOS

El Catecismo de la Iglesia Católica nos dice (799 ss): *Los carismas, extraordinarios o sencillos y humildes son gracias del Espíritu Santo, que tienen directa o indirectamente, una utilidad eclesial; están ordenados a la edificación de la Iglesia, al bien de los hombres y mujeres y a las necesidades del mundo.*

- **Los carismas** se han de acoger con reconocimiento por el que los recibe, y

también por todos los miembros de la Iglesia. En efecto, son una maravillosa riqueza de gracia para la vitalidad apostólica y para la santidad de todo el cuerpo de Cristo; los carismas constituyen tal riqueza siempre que se trate de dones que provienen verdaderamente del Espíritu Santo y que se ejerzan de modo plenamente conforme a los impulsos auténticos de este mismo Espíritu, es decir, según la caridad, verdadera medida de los carismas (Cf 1 Cor 13).

Por esta razón aparece siempre necesario el discernimiento de carismas. Ningún carisma dispensa de la referencia y de la sumisión a los pastores de la Iglesia. *“A ellos compete sobre todo no apagar el Espíritu, sino examinarlo todo y quedarse con lo bueno”* (Lumen Gentium 12), a fin de que todos los carismas cooperen, en su complementariedad y diversidad, al bien común (Cf I Cor 12,7; LG 30; Christifideles laici 24).

Y también en el Catecismo de la Iglesia se nos dice (1830 ss): la vida moral de los cristianos está sostenida por los dones del Espíritu. Estos son disposiciones permanentes que hacen a la persona dócil para seguir los impulsos del Espíritu.

- **Los siete dones** del Espíritu Santo son: *sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios*. Pertenecen en plenitud a Cristo, Hijo de David (Cf Is 11,1-2). Completan y llevan a su perfección las virtudes de quienes los reciben. Hacen dóciles para obedecer con prontitud a las inspiraciones divinas, **“todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios... y, si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos de Cristo”** (Rom 8,14.17).

-*La sabiduría* es casi otro nombre del espíritu divino. Es la coronación de los dones porque hace amar a Dios con todo el corazón y con toda el alma.

-*La inteligencia*, según la Escritura, adentra en el misterio de Dios, mientras que la persona, por sí misma, es totalmente incapaz de ello.

-*El consejo* permite ver el camino que hay que seguir... y para discernirlo

mejor no es inútil “tomar consejo”.

-*La fortaleza* es uno de los calificativos frecuentes del Espíritu. Se opone a la violencia. Dios mismo es llamado **“el Señor, héroe valeroso”** (Sal 23,8).

-*La ciencia*, evidentemente no responde a lo que llamamos "ciencia". En la Escritura se trata de conocer a Dios y todas las cosas en relación con él. El ignorante es el que pone una criatura en el lugar del Creador, es la idolatría (Rom 1,21.23).

-*La piedad* no designa "los actos de piedad", sino nuestra actitud con respecto a aquellos a los que debemos reconocimiento. Es el “afecto filial”.

-*El temor de Dios* es el punto de partida de la sabiduría (Prov 1,7). En la Biblia, el temor no es miedo, es el respeto y el sentimiento de la distancia que experimentamos en relación a Aquel que está infinitamente más allá de nosotros.

*“Se puede también destacar que en la exposición de la doctrina espiritual y en la santidad personal los dominicos han dado especial importante a los dones intelectuales del Espíritu Santo: sabiduría, entendimiento y ciencia. Los dones intelectuales dirigen, a su vez, a los demás dones, que perfeccionan la voluntad y sensibilidad (ST, I-II, q. 68, a.7)... Todos los dones del Espíritu Santo se encuentran siempre en el alma del justo, pero uno de los dones puede brillar o actuar más que otros. Así se pone de manifiesto con claridad dentro de la Iglesia en el trabajo sapiencial de los santos y de los doctores dominicos”* (González Fuente, A, “El carisma de la vida dominicana” p. 283).

Los dones son, pues, las ayudas que Dios nos da para que respondamos gozosamente a nuestra vocación de bautizados. Los dones del Espíritu, en la armonía y abundancia que representa el número 7, nos hacen capaces de ello.

- **Los frutos del Espíritu** son perfecciones que él forma en nosotros como primicias de la gloria eterna. La tradición de la Iglesia

enumera doce: *“caridad, gozo, paciencia, longanimidad, bondad, paz, benignidad, mansedumbre, fidelidad, modestia, continencia y castidad”* (Ga 5,22 vulg).

El Espíritu completa la obra del Hijo dándole el último toque de perfección y de belleza. El Espíritu es el artesano y el artista de la belleza de Dios... Sólo el Espíritu puede revelarnos la belleza última de la obra de Dios. Esta obra es bella porque Dios mismo es hermoso y amigo de la belleza... El Espíritu actúa con gran delicadeza maternal, con el gusto del detalle y perfección. El Espíritu Santo da a los que se abandonan a él la gracia de la flexibilidad y la armonía.

### PREDICAR SEGÚN EL ESPÍRITU

*“El que está lleno del Espíritu habla diversas lenguas. Estas son los diversos testimonios que da de Cristo, como la humildad, pobreza, paciencia y obediencia, que son las palabras con que hablamos cuando los demás pueden verlas reflejadas en nuestra conducta. La palabra tiene fuerza acompañada de obras. Cesen las palabras y sean las obras quienes hablen. Estamos repletos de palabras, pero vacíos de obras...”*

*Pero los apóstoles hablaban según el Espíritu les sugería. ¡Dichoso el que habla según le sugiere el Espíritu Santo y no según su propio sentir! Porque hay algunos que hablan movidos por su propio espíritu, roban las palabras de los demás y las proponen como suyas, atribuyéndoselas a sí mismos. De estos tales y de otros semejantes dice el Señor por boca de Jeremías: “Aquí estoy yo contra los profetas que se roban mis palabras uno a otro. Aquí estoy yo contra los profetas - oráculo del Señor- que manejan la lengua para echar oráculos. Aquí estoy yo contra los profetas de sueños falsos”* (Jr 23,30ss).

*Hablemos, pues, según nos sugiera el Espíritu, pidiéndole con humildad y devoción que infunda en nosotros su gracia, para que completemos el significado del día de Pentecostés,... y para que nos llenemos de la ráfaga de viento... de manera que, encendidos*

*e iluminados por los sagrados esplendores, podamos llegar a la contemplación del Dios uno y trino”* (De una homilía de San Antonio de Padua).

### ORACIÓN CON EL ESPÍRITU DE VIDA

Ya hemos señalado que conviene no olvidar que si el Espíritu Santo es un don, viene a los que se preguntan por él. Sin nuestro deseo, sin nuestra audacia y coraje, quizá el Espíritu esté ahí, pero quedará oculto, incluso en nosotros mismos.

Y desde el bautismo, que nos hizo *“templos del Espíritu Santo”*, estamos llamados a la santidad. En el fondo lo somos ya por la gracia de Dios, que es como el capital inicial de este “negocio” de la santidad, para que “negociemos” con él mientras vuelve el Señor. San Pablo llamaba a sus comunidades **“pueblo santo”, “llamados a ser santos”** (Rm 1,7; I Cor 2,2; Ef 1,1...).

Pero lo que Jesús nos dice en el Evangelio es mucho más: que **“seamos perfectos”** (Mt 5,48). Y no de cualquier manera, sino **“como el Padre celestial”**; es decir, sin límites, caminando y subiendo sin cesar, mientras estamos en camino hacia el Reino, hasta llegar a la plenitud de la vida cristiana, a la estatura en Cristo que el Padre tenga prevista para cada uno de nosotros. Es una inconsecuencia que estemos llamados a santidad tan grande, a tan perfecta perfección, y nos acostumbremos a imperfección y mediocridad.

La oración nos ayuda en ese camino de santidad a la que estamos llamados, para que el Espíritu, de verdad, habite en nosotros. Y el método de oración que Cristo enseñó es un método que vale para todos y en todas las épocas: presentarse ante el Padre tal como uno es y decirle: *“¡Padre!”*.

La espontaneidad de este diálogo personal con Dios (que se refleja, si es auténtico, en el trato con los demás) ha de apuntar a ser la misma espontaneidad con que dialogamos con las personas más íntimas. Precisamente el tener esta espontaneidad con Dios y el vivir “esponjados” (= bautizados) en Cristo, es don



del Espíritu. Dios amor, que nos ha creado para ser reflejo y manifestación suya, si algo quiere darnos (y nos quiere dar todo y a sí mismo) es este don del Espíritu. Pedir este don al Padre es pedir las disposiciones filiales que Cristo tiene hacia él.

Pedir a Dios no es “mover” a Dios. Desde toda la eternidad Dios nos ha trazado nuestra ruta en Cristo, para sintonizar con Cristo. Esto es obra de Dios amor, y por esto, se llama obra del Espíritu Santo. Dios está siempre en disposición de darnos esta vida en el Espíritu y en Cristo; pero respeta nuestra libertad. Cuando oramos, nos ponemos en disposición de libertad, de apertura hacia Dios, y entonces ya puede darnos su Espíritu. Por esto Cristo indica que se trata de una oración que no es un hecho aislado, sino una disposición de apertura; de ahí que hemos de pedir muchas veces, porque no siempre que oramos estamos verdaderamente disponibles. La oración nos hace disponibles para el amor.

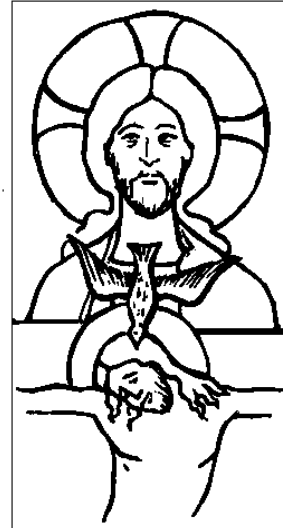
Pedimos a Dios muchas cosas. Lo importante es presentarse ante él con postura filial, aún después de haber sido infieles. Presentarnos tal como somos y exponerle lo que sentimos y necesitamos, sin hablar demasiado. Las personas amigas se entienden más con actitudes que con palabras. Dios escucha siempre a sus hijos, no en la materialidad de las cosas pedidas sino en las disposiciones filiales que manifiestan en la oración. Y es que *“Dios no realiza todo lo que le pedimos pero siempre cumple sus promesas”*, y ésta es su promesa: **“yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito, no os dejaré solos”** (Jn 14,16ss).

Y fiados oramos al Padre: *“Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos la llama de tu amor...”*.

## EL ESPÍRITU Y LA TRINIDAD

Si la palabra “Trinidad” no aparece en las Escrituras, la realidad ya está allí presente, puesto que los discípulos bautizaban **“en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”** (Mt 28,19). Esta estructura ternaria es, por otra parte, constante en los escritos del

Nuevo Testamento: Jesús, enviado por el Padre, al mismo tiempo que le da a conocer, da su Espíritu. Pero luego han sido necesarios varios siglos de reflexión para que se precise aún más el lugar y el papel de cada una de estas “personas” en Dios.



En la búsqueda de clarificación del mensaje evangélico, la Iglesia está, desde el principio, alerta contra dos excesos opuestos: privilegiar la unidad de las tres personas divinas en detrimento de su distinción o, al contrario, poner el acento sobre su distinción en detrimento de su unidad. Entre estos dos escollos, la Iglesia ha buscado relacionar constantemente, en difícil equilibrio, la riqueza de la unidad divina, que los primeros Padres de la Iglesia llamaban *“la monarquía divina”* y la realidad de las tres personas que ellos llamaban *“la Santa Triada”*. Para designar esta realidad nueva crean una nueva palabra, que aparece por primera vez en Tertuliano, a principios del siglo III, la palabra **“Trinidad”**. Este término, trinitas en latín, está formado por el prefijo *tri* (tres) y por la palabra *(u)nititas* (unidad).

Pero para llegar a una formulación más precisa del dogma de la Trinidad, será necesario más de un siglo. Se hará en dos etapas: el Cº. de Nicea (325) afirma que el Hijo es de la misma naturaleza que el Padre (en términos teológicos se dice *“consustancial”* al Padre) y, por lo tanto Dios también. Medio siglo más tarde, el I Cº. de Constantinopla (381) añade que el Espíritu es de la misma naturaleza que el Hijo (*“consustancial”* al Padre y al Hijo).

No hay más que un solo Dios en tres personas. “Creemos, precisan los Padres del Concilio, en una sola divinidad, potencia y sustancia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, con igual dignidad en honor y coeterna en su realeza... en tres personas perfectas”.

Esta afirmación es específica de la fe cristiana. Para un cristiano, *creer en la Trinidad es afirmar que Dios es totalmente Amor*. Pero decir esto es igualmente afirmar que no está solo ni dividido. Es preciso, pues, para nombrarlo, utilizar a la vez el singular y el plural: Dios es a la vez uno y trino. En términos más teológicos se dirá que no tiene más que una sola naturaleza divina, Dios, que comparten tres personas, Padre, Hijo y Espíritu.

#### “DEJAOS LLEVAR POR EL ESPÍRITU”

Con una fórmula un tanto abrupta, San Pablo escribe: “No soy yo quien vive, sino Cristo quien vive en mí” (Gal 2,20). Pero algunas páginas después, leemos: “dejaos llevar por el Espíritu... Si vivimos por el Espíritu, caminamos también por el Espíritu” (Gal 5,16.25). Las dos maneras de hablar no se excluyen: Cristo vive en nosotros -y en su Iglesia- por su Espíritu.

Nos dirige y nos transforma desde el interior porque el habita en nosotros: esta nota es particularmente clara en la antífona *Veni Sancte Spiritus...* El Espíritu se opone a lo que es duro y pesado: la letra y la esclavitud; el mundo y la carne; y finalmente la muerte. Pero, al contrario, cuando Pablo habla del Espíritu Santo dice: “Pero el fruto del Espíritu es caridad, alegría...” (Gal 5,22), y subraya que la ley ya no es más un conjunto de preceptos venidos del exterior; ha llegado a ser toda interior, es la ley del Espíritu. En estas condiciones ¿quién no querría tener al Espíritu por Maestro?

La primera tarea, fundamental en nuestra vida cristiana, es la de dejarnos guiar en todo por el Espíritu de Cristo. No es un esfuerzo lo que se nos pide, sino un abandono a este impulso divino. Abandono que, por lo demás, no tiene

nada de pereza o de pasividad. No se trata de conducirnos sino de ser conducidos por Cristo.

Cuando Jesús habla del Espíritu a sus discípulos, es siempre para infundirles valor de cara al futuro. Las palabras más claras son las del evangelio de Juan, especialmente en el discurso de despedida: “No os dejaré huérfanos... el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa” (Jn 14,16ss; 16,13). Y el Espíritu se promete a los discípulos y a la Iglesia para que den testimonio sin temor: “os enseñará en aquel mismo momento lo que debéis decir” (Lc 12,12). La “fuerza de lo alto” (Lc 24,49) los dirigirá hasta los confines de la tierra y término de la Historia.

La Historia no está acabada, aunque Dios nos lo ha dicho todo por su Hijo. Esperamos su segunda venida, como lo proclamamos en cada misa después de la consagración y, como dice el libro del Apocalipsis (22,17-20): “el Espíritu y la Esposa dicen ¡Ven!, ¡Oh sí, ven Señor Jesús!”.



## LECTURAS DE PENTECOSTÉS

Víspera de PENTECOSTÉS	1ª Lectura:	2ª Lectura: Apóstol	Evangelio
<b>Ciclo A-B-C</b>	Gn 11,1-9: Se llamó Babel... el Señor la lengua de toda la tierra Ex 19,3-8a.16-20a: El Señor bajó al monte Sinaí Ez 37, 1-14: Huesos secos: os infundiré mi espíritu y viviréis Jl 3,1-5: Sobre mis siervos y siervas derramaré mi espíritu	Rom 8,22-27: El Espíritu intercede por nosotros con gemidos inefables	Jn 7,37-39: Manarán torrentes de agua viva

Domingo de PENTECOSTÉS	1ª Lectura:	2ª Lectura: Apóstol	Evangelio
<b>Ciclo A-B-C</b> <i>Hay Secuencia</i>	Hc 2,1-11: Se llenaron de Espíritu Santo y empezaron a hablar	1Cor 12,3b-7.12-13: Hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo Gal 5,16-25: El fruto del Espíritu Rom 8,8-17: Los que se dejan llevar por el espíritu de Dios, esos son hijos de Dios	Jn 20,19-23: Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo: Recibid el Espíritu Santo Jn 14,15-16.23b-26: El Espíritu os lo enseñará todo

Domingo de Pentecostés, tras la oración de 2ª Vísperas: **SE REANUDA EL TIEMPO ORDINARIO**



Jueves después de Pentecostés: Jesucristo sumo y eterno Sacerdote – (Fiesta en España)

**Domingo después de Pentecostés: Solemnidad de la Santísima Trinidad**  
**Jornada de la vida contemplativa: día «Pro orantibus»**

Stma. Trinidad	1ª Lectura:	2ª Lectura: Apóstol	Evangelio
<b>Ciclo A</b>	Ex 34,4b-6.8-9: Señor, Señor, Dios compasivo y misericordioso	2Cor 13,11-13: La gracia de Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo	Jn 3,16-18: Dios mandó a su Hijo al mundo para que se salve por él
<b>Ciclo B</b>	Dt 4,32-34.39-40: El Señor es el único Dios... no hay otro	Rom 8,14-17: Habéis recibido un espíritu de hijos adoptivos...	Mt 28,16-20: Bautizados en el nombre del Padre y ...
<b>Ciclo C</b>	Pr 8,22-31: Antes de comenzar la tierra, la Sabiduría ya había sido engendrada	Rom 5,1-5: Caminamos hacia Dios, por medio de Cristo, en el amor derramado en nuestros corazones por el Espíritu	Jn 16,12-15: Todo lo que tiene el Padre es mío; el Espíritu recibirá de lo mío y os lo anunciará

**Domingo después de la Santísima Trinidad:**  
**Solemnidad del Cuerpo y Sangre de Cristo - Día de Caridad**

Corpus Christi	1ª Lectura:	2ª Lectura: Apóstol	Evangelio
<b>Ciclo A</b>	Dt 8,2-3.14b-16a: Te alimentó con el maná que tú no conocías ni conocieron tus padres	1Cor 10,16-17: El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos formamos un solo cuerpo	Jn 6,51-59: Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida
<b>Ciclo B</b>	Ex 24,3-8: Ésta es la sangre de la alianza que hace el Señor con vosotros	Hb 9,11-15: La sangre de Cristo podrá purificar nuestra conciencia	Mc 14,12-16. 22-26: Este es mi cuerpo. Ésta es mi sangre
<b>Ciclo C</b>	Gn 14,18-20: Melquisedec ofreció pan y vino	1Cor 11,23-26: Cada vez que coméis y bebéis, proclamáis la muerte del Señor	Lc 9,11b-17: Comieron todos y se saciaron

Viernes después del Stmo. Cuerpo y Sangre de Cristo: Sgdo. Corazón de Jesús - Solemnidad

Sábado después del Stmo. Cuerpo y Sangre de Cristo: Inmaculado Corazón de María - M.O.